

viemos su amor por las cosas bellas hacia las cosas útiles.

Hay urgencia en tratar al pueblo argentino con una educación reactiva que precipite sus energías físicas, nunca como hoy tan necesarias. Es hasta patriótico hacerlo, porque esas energías bien dirigidas han de contribuir a que se complete la obra de los próceres de 1816, independizándonos del capital, del brazo y del técnico extranjeros.

Por lo demás, la lectura excesiva de obras poéticas tiene sus peligros. Ella puede formar dos tipos igualmente odiosos: la mujer romántica y el literatoide. La mujer romántica no ha desaparecido con el romanticismo: todavía se ven ejemplares, lo mismo entre niñas de quince años que entre severas matronas de cincuenta. No es común, pero tampoco es raro el ejemplar que nos pinta Mesonero Romanos en una de sus escenas matritenses. Hija, esposa, madre, es un elemento inútil en el hogar. Incapaz de percibir la línea que separa el mundo ficticio del real, vive en un perpetuo devaneo, soñando en la posibilidad de cuajar en heroína de romance, lo que no pocas veces consigue cayendo en Margarita Gautier o en Madame Bovary, nunca elevándose a Julieta.

El literatoide, tipo abundante en nuestra sociedad, tiene la habilidad de que hablara Gauthier, de enhebrar dos rimas al extremo de un pensamiento, o, hablando con más exactitud, de dos líneas desiguales; pero sin más cultura literaria que la que puede adquirirse en la lectura de antologías, sin verda-